

863
S.



P06565
.S4
M3
v.4

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

MADRID : Imprenta de M. RIVADENEYRA. Duque de Osuna, 3.

LA CRIOLLA.

CAPÍTULO PRIMERO.

La triple alianza.

—Señores, es preciso que no nos forjemos ilusiones..... yo soy diplomático, he intervenido en muchos protocolos, en el ministerio de Estado hay notas mías que arden en un candil, y sé, por consiguiente, dónde me aprieta el zapato; porque no se llega á la categoría de primer secretario de embajada sin tener un gran conocimiento de los hombres y de las cosas; y aseguro que nuestras negociaciones son asunto desesperado..... perdemos el pleito con las costas.

Hablaba así un jóven de cejas abajo, que era al mismo tiempo un viejo de cejas arriba.

ba, pues los treinta años y pico que se dejaban traslucir en su semblante rigurosamente afectado, preso entre dos patillas, ni negras ni rubias, algo excéntricas para no ocultar su filiación inglesa, los doblaba la inmensa calva que, digámoslo así, cubría su cabeza. Visto por arriba era una calabaza, visto de frente venía á ser un hombre. Á pesar de esta circunstancia, la pulcritud de su vestido, la precision de su corbata, la pureza inmaculada de la pechera, del cuello y de los puños de su camisa, y la expresion diplomática de su chaleco, impedían que pudiera considerársele, atendiendo á la calva, como hombre de medio pelo. En vano la fatuidad de sus palabras y el aire internacional que respiraba toda su persona pretendían desmentir lo que á primera vista se notaba siempre que se le veía descubierto, á saber: el natural despejo de su cabeza; siendo imposible no reconocerle el ya raro dón de tener algo más de dos dedos de frente.

Hablaba de esa manera á otros dos personajes, cuyo distinto aspecto formaba contraste: era uno de ellos alto, fornido, de tez

tostada y áspero semblante, labios gruesos y anchas patillas negras, largas y revueltas; y era el otro cari-redondo y boqui-rubio, que con sus finos bigotes y su prolongada perilla podía pasar alternativamente por alferez de húsares ó por tenor de ópera.

Los tres se dirigian marchando lentamente desde los jardines de Recoletos á la Fuente Castellana, y era una hermosa tarde de Octubre, de esas tardes apacibles y brillantes, hijas de los días serenos con que el juicioso otoño indemniza á Madrid de las locuras de la primavera.

—Señor diplomático, replicó el de las patillas negras, me parece que V. se ahoga en poca agua y que *arria* la bandera muy pronto. No niego yo que hay mar de fondo y que el cielo se encapota; pero capearémos la tormenta, y ya verémos por dónde salimos; porque yo no me voy á pique sin hacer ántes la última maniobra.

El boqui-rubio tomó á su vez la palabra y dijo:

—Caballeros, éste no es asunto ni de protocolos ni de maniobras; no hay una razon

de Estado á que atenerse ni una brújula por que regirse; estamos á merced del capricho; hemos puesto á la lotería, y hasta que se haga el sorteo no podemos saber qué número saldrá premiado..... y es preciso no perder de vista que mientras las bolas dan vueltas dentro del bombo todos los números tienen las mismas probabilidades.

El diplomático hizo un gesto desdeñoso, diciendo:

—Yo he sido el autor de esta triple alianza, porque comprendí que nos perjudicábamos recíprocamente, cuando mutuamente podíamos favorecernos. Éramos tres potencias que por la combinación encontrada de nuestras respectivas políticas íbamos á llegar, más tarde ó más temprano, á la extrema contingencia de un *casus belli*; y apelé al recurso diplomático de una conferencia con el fin de obtener un tratado que nos asegurara la paz, quedando cada uno en libertad de seguir independientemente sus gestiones para alcanzar el fin, que bien podemos llamarle la conquista de la India. Me parece que éstos fueron los preliminares del convenio.

El hombre de las patillas negras se apresuró á decir:

—Poco á poco; yo me opuse á esa combinación de las escuadras; preferí el zafarrancho de combate, porque no me gusta navegar en conserva. Bien claro lo dije, pero ustedes creyeron más conveniente esta paz armada, en que consumimos nuestros recursos sin adelantar un paso. ¿Qué hemos hecho en seis meses de conferencias, de entrevistas, de planes, de acuerdos?..... Nada; dar bordadas inútiles, sin que ninguno haya conseguido pasar la línea..... ¡Oh! esta calma chicha me desespera.

—No era posible venir á las manos, replicó el diplomático; y no era posible, porque no era razonable. Somos tres con las mismas aspiraciones, con los mismos derechos, con las mismas probabilidades. Un duelo entre dos es cosa corriente, pero entre tres es absurdo. Eche V. por donde quiera, no hay manera de arreglarlo sin que uno se bata con dos..... pudiéramos habernos batido los tres á un tiempo, pero no hubiéramos encontrado testigos. No siendo posible la guerra, era

necesario el protocolo. Hé aquí el fundamento originario de nuestro tratado. No saquemos las cosas de quicio.

—Yo, advirtió el tercero, me opuse del mismo modo al lance que al convenio, porque no es cuestion de notas ni de balas, en que el éxito está, en el primer caso de parte del más astuto, y en el segundo caso de parte del más fuerte. Cada uno de nosotros tiene su encanto á los ojos de la niña. César la encanta, porque es el ojo derecho de la mamá, y si enamorar á la hija fuera lo mismo que enamorar á la madre, estábamos frescos. Usted, señor marino, la entretiene como una nodriza, contándole con esa voz de tempestad que Dios le ha concedido las interesantes y terribles aventuras de sus largas navegaciones. Yo la divierto como nadie, teniéndola al corriente de cuanto pasa en el mundo de la moda: los tres le somos igualmente indispensables, á los tres nos sonríe del mismo modo; no sabe por cuál decidirse, y empiezo á sospechar que no se decidirá nunca. Por otra parte, su perplejidad es la cosa más natural del mundo: se encuentra

con una credencial de primer secretario de embajada, con un despacho de comandante de navío y con un título de vizconde; tres buenos partidos, que la tienen indecisa, y precisamente por no poder elegir á los tres me temo que se va á quedar sin ninguno..... De manera que en vez de sumarnos, nos restamos..... cada uno le quita al otro todo lo que él vale. ¿Cómo salir de este atolladero? Es muy sencillo, y á su tiempo lo propuse: nada de conferencias ni de tratados, nada de balazos ni de estocadas; que la suerte decida cuál ha de quedarse por dueño del campo. Cara ó cruz, y asunto concluido.

—¿Y es decoroso, preguntó el diplomático, jugarse de ese modo la mano de la mujer que ha de ser madre de nuestros hijos? Además, vuelvo á mi tema: tenemos el pleito perdido.

Los tres signatarios del tratado de la triple alianza se detuvieron formando corro, y el diplomático prosiguió diciendo:

—Queda el último recurso.

—¿Cuál? preguntó el marino.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Cdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

— Una retirada por escalones.

— ¿En qué forma? preguntó á su vez el Vizconde.

— En ésta : primero se retira uno, despues otro..... luégo, etcétera.

— Yo acepto.

— Yo tambien.

— Perfectamente, añadió el diplomático escondiendo la mano derecha bajo la solapa de su chaleco. En ese caso el Vizconde rompe la marcha, le sigue el comandante de navío, y yo, el más humilde de los tres, me quedo en el lugar que me corresponde; esto es, el último.

— No puedo consentir esa desigualdad humillante, exclamó el Vizconde. Procedamos por órden: en todo rompimiento internacional el embajador es el primero que se retira; una vez retirado el embajador, los barcos de guerra abandonan el puerto; yo, pobre de mí, que no soy ni diplomático ni marino, puedo retirarme más tarde.

Echóse el comandante atras las manos como quien presenta el pecho al enemigo, y balanceándose sobre las puntas de los piés,

sin duda para hacerse creer que se hallaba á bordo, dijo :

— Esto se va á pique..... corriente; que echen los botes y sálvese el que pueda; pero en todo naufragio el capitan es el último que abandona el buque. Es mi puesto de honor, y no se lo cedo ni á mi padre.

— Veo, exclamó el diplomático, que la retirada es imposible.

— Otra idea me ocurre, añadió el Vizconde.

— Veamos, dijeron á la vez los otros dos.

— Hemos convenido al formar esta triple alianza, que ninguno presentaria oficialmente sus pretensiones sin el prévio acuerdo de los tres, requisito indispensable aunque hubiera señales seguras y repetidas de una preferencia incontestable. Pues bien, acordemos que se rompa el fuego..... por su órden..... primero uno..... luégo otro, y luégo el tercero..... Concedámonos una semana á cada uno para disponer el ataque. En estos ocho dias se le debe dejar solo, alejándose los otros dos del campo de batalla, y triunfe el que

pueda..... La idea es excelente y me parece que no habrá escrúpulos que la impidan..... Yo soy el primero.

Diciendo esto, echó á andar, dando el asunto por resuelto; pero el secretario de embajada y el comandante de navío se le echaron encima, obligándole á acortar el paso.

El primero le dijo, poniéndole la mano en el hombro :

—Veamos eso despacio..... la idea en principio es admisible..... no se puede rechazar en absoluto, pero hay que tomarla á beneficio de inventario. Vamos á cuentas. El que se anticipe lleva indudablemente la ventaja de ser el primero..... es, pues, preciso establecer un orden equitativo, que puede ser éste : empiece el que ménos probabilidades tenga de buen éxito, y ya saben ustedes que yo soy, de los tres, el que ménos distinciones le debe á la señorita de Vegahonda.

—¡Demonio!..... exclamó el marino, no hay quien me quite el primer lugar. Se rie de mí como una tonta, y me ha llamado salvaje más de mil veces.

—Eso, replicó el Vizconde, es miel sobre

hojuelas..... se rie porque le hace V. gracia, y le llama salvaje porque le admira..... pero ¿saben ustedes lo que dice de mí? que soy *su gacetilla*..... Anoche, sin ir más lejos, me dijo al salir del palco..... Vizconde, ¿por qué no se llama V. Domingo? ¿Por qué?..... le pregunté, y me contestó: Suele V. adivinar mis deseos..... veamos si adivina V. mi pensamiento..... Me devané los sesos inútilmente, y ahora caigo en la cuenta. Quisiera que me llamára Domingo para poder decirme Dominguito ó Dominguillo..... por consiguiente, nadie presenta mejores títulos que yo para ser el primero.

— Todo eso no significa nada, añadió el diplomático, y más bien significa confianza, intimidación..... abandono..... hay hasta ternura en ese *mi gacetilla*..... Lo de *Dominguillo* no pasa de ser una suposición, y aunque se admita, ¿qué resulta? que es V., á sus ojos, lo que más encanta á las mujeres..... un dije. Yo soy el que ménos influencia ejerzo sobre ella, porque conmigo es terrible. Cuando fuí nombrado primer secretario de la embajada de Lóndres, se hablaba un día

de la incapacidad del embajador que por entonces representaba á España cerca del gabinete de San James..... y se explicaba mi nombramiento como una necesidad..... «Ya lo creo, dijo con la mayor formalidad, este caballero es una ocasion para el Gobierno»; yo me incliné modestamente, y añadió: «Ocasion que no sé cómo ha podido asirla.» Vi entonces circular cierta sonrisa entre las personas que se hallaban presentes, sin saber á qué atribuirla, hasta que me acordé de mi calva..... Dígaseme ahora si se me puede disputar el derecho que me asiste á ser el primero que pruebe fortuna.

—Bah..... exclamó el marino..... Eso es que estaba celosa.

—¡Celosa!..... ¿De quién?

—De V. mismo.

—¡De mí!.....

—Sin duda ninguna, dijo el Vizconde con aire de profundo convencimiento. Las mujeres son así: les gustá humillar al hombre que les interesa, para que nadie se los dispute..... adoran nuestras perfecciones, y muchas veces nos quisieran ver llenos de de-

fectos..... En esa ocasion era V. un personaje verdaderamente interesante..... Brillaba usted en aquel momento con todo el esplendor de sus talentos diplomáticos..... Los circunstantes verian en V., cuando ménos, un *Pitt* futuro, y ella, alarmada, quiso detener el vuelo de una admiracion tan justa como peligrosa para su tranquilidad, y vino á decir en sustancia: «Eh, señores, que es calvo»; ó lo que es lo mismo: «poco á poco, que es mio.» Me parece que esto no tiene vuelta de hoja.

Al concluir de pronunciar estas palabrasladeó la cabeza y se hizo á sí mismo un gesto, digámoslo así, de inteligencia, que no pudieron sorprender ni el marino ni el diplomático. A este último no debieron parecerle completamente destituidas de fundamento las razones del Vizconde, pues nada tuvo que replicar á ellas.

Los tres anduvieron algunos pasos guardando silencio. El marino, que iba enmedio, fué el primero que tomó la palabra, diciendo:

—Ó picamos las amarras los tres á un tiempo y nos largamos con viento en popa